

Sexto Domingo de T. O. B/2018

Las lecturas de este domingo nos hablan de la curación de Dios y la integración humana. Muestran que donde los seres humanos crean la división entre sí mismos y excluyen unos a otros debido al estado o la enfermedad, Dios ofrece la curación, la integración y la restauración a la dignidad humana. Nos invitan a confiar nuestra vida a Dios que es capaz de curarnos y darnos una vida nueva.

La primera lectura describe las prescripciones que Moisés y Aarón dieron al pueblo de Israel en cuanto a la existencia de la lepra. Muestra que la enfermedad tiene que ser atestiguada por los líderes espirituales de la comunidad. Muestra también que los leproso fueron excluidos de la comunidad hasta que la curación fuera certificada por un sacerdote.

Lo que este texto nos enseña es que en Israel antiguo, algunas enfermedades como la lepra eran muy difíciles de enfrentar. Otra idea es la verdad de que Israel era tanto una sociedad civil y religiosa. Finalmente, hay la verdad de que la dimensión religiosa de la sociedad israelí tenía un ascendiente sobre la percepción civil.

Este texto nos ayuda a entender mejor el punto del Evangelio de hoy en que Jesús cura a un leproso. En primer lugar, el Evangelio comienza con la petición del leproso que pide a Jesús que le cure. Pues, habla de la reacción de Jesús que lo curó. Después, el evangelio habla del silencio que Jesús impuso al hombre curado y su recomendación que se muestre al sacerdote al ofrecer la ofrenda requerida en ley. El Evangelio se termina con la publicidad que el leproso hizo sobre su curación.

¿Qué aprendemos del Evangelio de hoy? Hoy quiero hablar de la alegría de la curación y la gracia de integración. De hecho, a fin de apreciar la curación en el Evangelio de hoy, tenemos que entender la psicología de la enfermedad y lo que se pasa en la mente del enfermo.

La mayor parte del tiempo, cuando una persona está enferma, muchas cosas se pasan en su cabeza y muchas preguntas se llevan en su mente sobre el resultado de su vida y su futuro posible. Mientras algunas enfermedades son curables, otras son incurables, y por lo tanto, parecen ser terminal. Sin embargo, independientemente de lo que sea la gravedad o la insignificancia de una enfermedad, es siempre un objeto de preocupación. Esta preocupación se hace más preponderante cuando la enfermedad es incurable.

Es era exactamente el caso con la lepra como descrita en el libro de Levítico. Quién la tenía estaba en una situación muy difícil. Al lado del hecho que la enfermedad era incurable, el leproso fue considerado como impuro y, por eso estaba excluido de participar en el funcionamiento normal de la sociedad. Considerando tal circunstancia particular, el leproso no tuvo sólo que enfrentar el dolor físico de su enfermedad, sino también la angustia psicológica de ser desterrado y el rechazo de la sociedad.

Cuando tal hombre fue curado, era ciertamente muy feliz debido a la transformación que se pasó en su vida. De la situación marginal, se hizo un ciudadano integrado con todos los derechos y la dignidad humana.

Mientras que la Ley de Moisés prescribió de no tocar tales personas, Jesús le toca y le trata con respeto y amor. Esta es la razón por qué el leproso no podía dejar de hablar de su curación a pesar de la recomendación de Jesús de no hacerlo.

Creo que al curar al leproso, Jesús lo estableció en su dignidad del hijo de Dios. Por esta razón, tenemos que entender que una persona humana, independientemente de lo que sea su estado mental o físico, permanece siempre una persona humana. Es nuestro deber que nosotros que estamos sanos, respeten a cada persona que es físicamente o mentalmente incapacitado. Debemos siempre recordarnos que no somos sólo una sociedad de las personas sanas, sino también de los enfermos quienes merecen todo nuestro respeto y amor.

Por eso, nosotros que tenemos en buena salud, tenemos que sentir cariño por los enfermos, prestarles toda nuestra atención, ser pacientes con ellos, aceptarlos y tolerarlos a pesar de su condición disminuida. Estas personas nos recuerdan que, nosotros que estamos sanos hoy, tenemos suerte de estar en buenas condiciones; y por esta razón tenemos que ser agradecidos a Dios. Pero, nos recuerdan también de la fragilidad de la condición humana. ¿Quizás hoy estamos en buenas condiciones y todo trabaja bien con nosotros, pero quién sabe lo que puede sucedernos mañana?

Además, al curar al leproso y al tocarle, Jesús nos desafía para actuar como él, es decir, tener compasión por el sufrimiento de nuestros semejantes, mostrarles cariño y estar listos para ayudarles.

Jesús también nos enseña la inclusión en vez de la exclusión. Quiere decirnos que ha venido a fin de destruir las barreras que separan a la gente y pone un ejemplo que tenemos que seguir. Como nadie es excluido ante Dios debido a su aspecto físico o el color de su piel o el acento de su lengua, no debemos excluir a los demás quienes no son como nosotros. Todos son niños de Dios quien es ama del mismo modo y sin diferencia.

Pedimos a Jesús de curar nuestras propias enfermedades, corporales y espirituales. La lepra del cuerpo es la cara visible de la enfermedad, pero la enfermedad espiritual es invisible a los ojos. Necesitamos la curación espiritual cuya limpieza física del leproso es el símbolo. Abramos nuestros corazones a Dios que cura. ¡Que Jesús toque nuestros corazones de modo que juntos trabajemos para la integración del marginado y la excluida de la sociedad! ¡Dios los bendiga a todos!

Levítico 13, 1-2. 44-46; 1 corintios 10, 31-11, 1; Marcos 1, 40-845

Fecha de la Homilía: el 11 de Febrero de 2018

© 2018 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20180211homilia